

Melodía para el silencio

Abandona ya tus lástimas,
es el momento de armarte guerrera frente al crepúsculo,
la plaza mayor que bracea y se alarga
estrangulando cual pulpo el amanecer.
Qué difícil vencer el ansia de dominar el azul,
olvidadas las nieblas y mirando despuntar tu desconsuelo
en haces de fuerzas multicolores.
Pero no me es posible ayudarte,
ya ves que me tiemblan las manos sólo con verte,
contemplarte coronada de espinas,
sangrante, altiva y sangrante,
mas por fin sabemos qué cerca está
nuestra huída a los confines del universo,
y no será necesario
examinar las raíces al microscopio,
agotar las fuentes de la muerte
para proseguir hurtando tu luz.
Esta bruma que me atenaza la voluntad de mirar al sol,
correr por la pendiente donde el hechizo
abrazaba tiempos separados,
colmena donde anular el magnetismo y destruir al fin
los cercos que rodean mi chillido.

Amarrados al último salvavidas vamos arrancándole
astillas al recuerdo que arrastra la corriente,
el fondo de este mar anochecido de improvisado
recobra su ritmo antes de sepultar nuestros duendes,
la huella de este camino torturante
que tanto me ha costado aprender
para llegar al cabo con las manos vacías,
cuando todo parecía ser el rescate de la luz
de aquellos años casi tristes, pero en donde
aún era posible respirar tu aroma cada mañana.
Inexorablemente derrumbados en la orilla,
cómo contestar a tu socorro,
el mar nos ha dejado un mundo de ruidos

y no es fácil ya escuchar otro llanto que el suyo.
 Acaso recuerdes ahora aquella hoguera
 en donde bañábamos las palabras a la caída del día,
 pálida higiene para recuperar el grito que se eclipsa
 entre un charco de cal y de ceniza.
 Y vas coleccionando asombros,
 es preciso a veces guardar en una cesta tus costumbres,
 ya ves que en cualquier instante puede romperse una hoja
 o quebrarse el pacto de los árboles
 al otro lado de la selva.

Y todavía crees que nunca desearás mi horizonte,
 el ocaso incoloro en que dejas tu luz,
 atesorando ríos en silencio
 como si la vida fuera sólo un espasmo
 antes de devolver a la tierra nuestro cuerpo,
 y así hemos dejado correr una vez más hacia el olvido,
 tristemente, nuestro mundo de ruidos, nuestro mundo.

Contando tus horas hasta el regreso del exilio,
 mientras rueda a solas la oscuridad,
 el recuerdo de la ceniza
 o ese temor indefinible de vidrio que estalla,
 el agua de mar artificial y el autobús de colores,
 recién estrenada la mañana de domingo,
 el ocaso aún en futuro despertar, probablemente en acecho ya,
 o quizás practicando el insomnio, tan tarde ahora,
 y con la prisa, y el fuego, y otra vez la ceniza
 que se desparrama por tus ojos para que recobres la luz,
 irisaciones verdes al fondo,
 ahora que está próximo el miedo
 y nos quedamos resbalando la bola de cristal
 cómo si aún fuera posible atravesar a salvo la corriente
 con la antorcha en la mano y deslizar un quizás más allá
 de la orilla.
 Y todavía recortaremos la estrechez de este fuego
 que apenas si brilla,
 y que mañana será el comienzo de otra era y otra luz,
 al abrigo del resplandor de esta noche
 que prolonga, un poco más, huérfano en el reposo,
 la aventura de mirar otro sol, ya sin quemarnos.

Y un adiós para desayunar mientras tú
 tú juegas con filas de silencio,
 aquella barca cuajada de regalos,
 aunque ya no fueran magos los reyes de este mundo,
 aquel hasta mañana,
 y después, de regreso, soñar que te he visto,
 que no era aquel escaparate de juguetes
 que nunca llegábamos a tener,
 los ojos cerrados todavía por el sueño o la sombra.
 No, no te sobresaltes
 si aún las ramas pueden exprimir tantos suspiros de luz
 que oculten nuestro refugio.
 No cansemos más este día,
 estos ruidos que vamos agostando al final de la vendimia,
 esta calma que mortalece con desgana,
 tan lejos el brillo que presiento
 descomponiéndose las aguas en colores de cristal,
 y luego espantar el terror a medianoche,
 vivir o beber tus sinfonías,
 las colillas de las derrotas sin héroe,
 los libros de letras abrasadas por la espera,
 y me cuentas ahora que tú y que yo y que ayer
 y damos por concluida nuestra cena de fracasos.

Nos hemos olvidado ya de los juegos,
 almacenando pláticas inacabables
 que se condensaban en la memoria.
 Tratar de explicar por qué hieren los colores en el campo,
 tu abrazo estallando siempre desconocido
 entre huecos disfrazados de soles,
 engalanado el suelo de trampas,
 lodo que pisas hasta sumergirte en el pretérito,
 el humo que te registra
 hasta lo más profundo de la queja.
 Pudo ser el fin del temor.
 Estábamos a punto de llegar a todo,
 descubrir tus cartas sin remite,
 olvidar el dolor de una estaca
 clavándose en el corazón de un vampiro,
 o silenciar mis presagios.
 Reventar al fin todos los cánceres.

Y vas abriendo las puertas al silencio,
 quemando la memoria de todas las auroras sin ventana

con todas las luces de tu alma apagadas,
 buen cuidado de aventar las cenizas
 antes de soñar que estás lejos de mí,
 que siempre estarás lejos de todo,
 el manantial que cubre de esperanzas el vacío
 va atornillando rojos en el horizonte.
 Es un largo camino para aburrir a las euforias,
 destartalar o quizás rescatar el moho de tus señales,
 esa palabra que vaga errante a través de tu campo de batalla,
 las raíces que se esconden detrás de una sonrisa,
 cuando mi alegría toda es una mirada esquiva y taladrante.
 Hermético entre losas de oro aquel rumor invadido de gris,
 memoria de no ser un quizás en busca de la música,
 la música que te escoge como reina de las hadas,
 son las doce de la noche,
 el zapatito de cristal resquebrajando todo tu mundo,
 toda tu gloria, todo tu ayer, la inmensidad que desgranas
 como si fueras un cuerpo sin tiempo.
 Pero te siento ahí, al otro lado del papel,
 aunque aún ignore tu nombre,
 aunque aún sea pronto para hablarte y contar tus llagas.

Deja ya de velar las almenas,
 aquel viento que hería la soledad de las montañas
 se ha extinguido de pronto con una sola mirada,
 exterminando el eco de la ceniza
 que quiere rescatarte del olvido,
 ay, tanto grito para perder la voz a la hora de las sombras.
 Todos los caminos conducen al ocaso,
 y es verdad que no puedo calcar tu vaho en la oscuridad,
 cualquier pisada desequilibra un número,
 y un poco de más frío esta noche
 y vamos descubriendo todos los poros
 sin entender la úlcera que nos consume,
 cómo romper estos cristales que asoman mi agonía
 ahora que hemos perdido la ternura de nuestros últimos pasos,
 esterilizando nuestro adiós hasta mañana,
 ya encontraremos opuestas sendas de claveles,
 no sea que algún día nos veamos solos cara a cara
 y destruyamos el amor a golpes,
 sin sentido de ser todavía algo más que tu estela.

Eugenio Cobo